

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Isaías 52:13-53:12.

La muerte sustitutiva de Cristo es la verdad primordial de envergadura cósmica. Jesucristo es el sacrificio expiatorio, porque él murió por nuestros pecados (Rom. 3:25; 4:25; 1 Cor. 15:3; Heb. 2:17; 1 Juan 2:2; 1 Juan 4:10). El mayor sacrificio que jamás se haya realizado se ofreció cuando el Rey de todo el Universo vino a nuestro mundo pecaminoso, vivió sin pecado como ser humano y murió en nuestro lugar. El verdadero cristianismo se centra en la Cruz (1 Cor. 2:2).

Elena de White afirma enérgicamente: “El sacrificio de Cristo como expiación del pecado es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades. A fin de ser comprendida y apreciada debidamente, cada verdad de la Palabra de Dios, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, debe ser estudiada a la luz que fluye de la Cruz del Calvario. Les presento el magno y grandioso monumento de la misericordia y la regeneración, de la salvación y la redención: el Hijo de Dios levantado en la Cruz. Tal ha de ser el fundamento de todo discurso pronunciado por nuestros ministros” (OE 326). Agrega: “Los adventistas del séptimo día debieran destacarse entre todos los que profesan ser cristianos, en cuanto a levantar a Cristo ante el mundo” (OE 162). La muerte de Jesús en la Cruz es la piedra fundamental sobre la que se arraiga toda la enseñanza bíblica.

Jesucristo vino por muchas razones: (1) para redimir a la humanidad: nació como hombre para morir por nosotros (Mar. 10:45; Juan 3:16, 17); (2) para revelarnos el verdadero carácter amante de Dios (Juan 1:14; 10:28-30; 14:6-9); (3) para derrotar a Satanás y refutar sus afirmaciones falsas (Mat. 4:1-11; Juan 12:31; 16:11; Heb. 2:14); (4) y para probar que el primer Adán podría haber obedecido a Dios, así como Cristo en su humanidad cumplió perfectamente toda la Ley y vivió una vida santa y sin pecado (Sal. 16:10; Luc. 1:35; Juan 8:46; 14:30; Hech. 2:24; 1 Cor. 15:22, 45; 1 Juan 3:5).

COMENTARIO

El Siervo sufriente

En el libro de Isaías hay cinco cánticos sobre el Siervo de Jehová reconocidos por los eruditos: (1) Isaías 42:1-9; (2) Isaías 49:1-7; (3) Isaías 50:4-9; (4) Isaías 52:13-53:12; (5) Isaías 61:1-3. Estos poemas presentan la obra de Jesucristo. Él comenzó su ministerio público con el pasaje de Isaías 61:1 y 2, que habla de su misión (ver Luc. 4:16-21). Sin embargo, la mejor y más elaborada exposición sobre el significado de la muerte de Cristo en la Biblia es Isaías 53. El canto central del Siervo sufriente, que comienza en el capítulo 52 y continúa hasta el capítulo 53, está estructurado simétricamente (cinco estrofas, cada una con tres versos, que se pueden rotular de la siguiente manera):

1. Isaías 52:13-15 - El acertijo: El cántico comienza con un acertijo, porque este Siervo es sabio y muy exaltado por un lado; pero, por otro lado, está desfigurado, y los demás lo

aborrecen.

2. Isaías 53:1-3 - El rechazo: Estos versículos apuntan a la humillación total del Siervo. Sufrió, fue despreciado, rechazado y se convirtió en “varón de dolores”.
3. Isaías 53:4-6 - La Expiación: Este segmento es el núcleo de la cuestión en la que se da la razón de todo el sufrimiento y la muerte de Cristo. Porque “llevó él nuestras enfermedades”, “sufrió nuestros dolores”, “herido fue por nuestras rebeliones”, “molido por nuestros pecados”, y “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.
4. Isaías 53:7-9 - Su sumisión: Estos versículos describen el sufrimiento, el juicio, la muerte y la sepultura de Cristo.
5. Isaías 53:10-12 - Su exaltación: El cántico culmina con la resurrección de aquel que fue la ofrenda por el pecado, y su prosperidad y victoria. Justificó a muchos, porque “llev[ó] el pecado de muchos” y compartió su botín con ellos. Su muerte fue voluntaria, sustitutiva y expiatoria; posteriormente, los resultados de su muerte triunfante se aplican a los creyentes en su ministerio intercesor en favor de ellos.

Isaías 53 es el texto bíblico que leyó el eunuco etíope. El evangelista Felipe le explicó que contiene las buenas nuevas acerca de Jesucristo. El resultado fue la conversión y el bautismo del eunuco (Hech. 8:26-39).

La Cruz: el punto central de la teología

Paradójicamente, la muerte de Cristo es la garantía de la vida, y su muerte nos brinda vida eterna (Juan 3:16, 17; Rom. 3:22-26; 1 Juan 5:11, 12). Ninguna teoría puede explicar completamente el enorme significado de la muerte de Cristo en la Cruz. Aunque podemos reunir un abanico de razones para su muerte, esa imagen captaría solo una fracción del enorme significado de la Cruz. La Cruz revela el amor incomprensible de Dios por los pecadores, su justicia, su verdad, el esplendor de su carácter santo, la inmutabilidad de su Ley, la naturaleza abominable del pecado, la seguridad de su gobierno, su victoria sobre el pecado, quién es quién en el Gran Conflicto, y la victoria definitiva de Cristo sobre Satanás y las fuerzas del mal.

Por estas razones, la muerte de Cristo ocupa una posición decisiva y predominante en nuestra teología adventista. Nada puede reemplazar la centralidad ni la suma importancia de la muerte de Cristo (Rom. 1:16, 17; 3:22-26; 1 Cor. 1:30; 1 Cor. 2:2; Efe. 4:21; Fil. 1:21; Col. 1:27, 28). Lo que sucedió en la Cruz es un acto divino de salvación incomparable, imposible de emular, único e irrepetible (Heb. 9:28; 10:12, 14), del que fluyen todos los beneficios salvíficos, incluyendo el actual ministerio intercesor de Cristo en nuestro favor. Nada puede mejorar ni complementar la Cruz, y nadie puede agregar nada al extraordinario sacrificio de Cristo por los seres humanos: la salvación es completa en él (Rom. 3:21-26; 1 Cor. 1:18, 23, 24; 2:2; Gál. 2:16, 21; Efe. 2:4-10). La muerte expiatoria de Cristo en el Calvario es como una fuente de la que brotan todas las demás bendiciones; o, para decirlo de otra manera, su expiación es similar a una bellota que contiene en germen todo el roble.

Verdaderamente, la expiación lograda por Jesús fue perfecta. Elena de White explica: “Cuando el Padre vio el sacrificio de su Hijo, se inclinó ante él en reconocimiento de su perfección. ‘Es suficiente’, dijo. ‘*La Expiación culminó*’” (*The Review and Herald*, 24/9/1901; énfasis añadido). “Nuestro gran Sumo Sacerdote ha hecho el único sacrificio que

tiene algún valor para nuestra salvación. Cuando se ofreció a sí mismo en la Cruz, se hizo una expiación perfecta por los pecados del pueblo” (*The Signs of the Times*, 28/6/1899).

Jesús se hizo pecado y maldición por nosotros (Isa. 53:3-6; 2 Cor. 5:21; Gál. 3:13) para que nosotros podamos vivir. Lo que se logró en la Cruz hace casi dos mil años ahora debemos aplicarlo, actualizarlo e incorporarlo a nuestra vida, para poder ser restaurados a la imagen de Dios y tener una vida abundante (Juan 10:10). Cristo es nuestro Mediador e Intercesor (1 Tim. 2:6), porque él es nuestro Salvador. Su intercesión es una continuación de su actividad salvífica en nuestro favor y la integración de su obra por nosotros en la Cruz. Necesitamos la muerte y la vida de Jesús para estar espiritualmente vivos (Rom. 3:24, 25; 5:10). Raoul Dederen enfatiza el papel central de la muerte de Cristo: “Mientras que su sacrificio por el pecado fue hecho una vez para todos en la Cruz (Heb. 7:27; 9:28; 10:11-14), el Cristo ascendido está poniendo a disposición de todos los beneficios de su sacrificio expiatorio” (“Cristo: Su persona y obra”, *Tratado de teología adventista del séptimo día*, 1ª ed. [Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009. p. 212]).

Estabilidad cósmica

El Universo entero está a salvo por toda la Eternidad gracias a la Cruz. El lenguaje humano es incapaz de describir sus magníficos y gigantescos beneficios (Col. 1:19, 20; 2:15; Efe. 1:10; 6:12; Fil. 2:9, 10). La rebelión y el pecado nunca volverán a surgir en el cielo debido al sacrificio supremo de Jesucristo en el Gólgota.

Elena de White explica acertadamente que el bienestar de todo el Universo a lo largo de toda la Eternidad depende de la obra de Cristo realizada en la Cruz: “No solo los hombres sino los ángeles atribuirán honor y gloria al Redentor, porque aun ellos están seguros solo mediante los sufrimientos del Hijo de Dios. Es por la eficacia de la Cruz que los habitantes de los mundos no caídos han sido protegidos de la apostasía. Es esto lo que efectivamente ha revelado los engaños de Satanás y ha refutado sus afirmaciones. No solo quienes son lavados por la sangre de Cristo, sino también los santos ángeles, se sienten atraídos a él por el acto supremo de dar su vida por los pecados del mundo” (Elena de White, manuscrito inédito, *MS 41*, 1892).

“Cuando Cristo exclamó: ‘Consumado es’, los mundos que no habían caído quedaron asegurados. Por ellos se libró la batalla y se ganó la victoria. En lo sucesivo, Satanás no tuvo lugar en los afectos del Universo. El argumento que había presentado (que la abnegación era imposible para Dios y, por lo tanto, era injusto que la requiriera de sus inteligencias creadas) fue respondido para siempre. Los reclamos de Satanás quedaron de lado para siempre. Se garantizó la lealtad eterna del Universo celestial” (Elena de White, *The Review and Herald* [12/3/1901], p. 271).

“Los ángeles le atribuyen honor y gloria a Cristo, porque ni siquiera ellos están seguros a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Es mediante la eficacia de la Cruz que los ángeles se protegen de la apostasía. Sin la Cruz no estarían más seguros contra el mal que los ángeles antes de la caída de Satanás” (Elena de White, *The Signs of the Times* [30/12/1889], p. 345).

La ciencia de la Cruz

Elena de White declara: “El maravilloso propósito de la gracia de Dios, el misterio del amor redentor, es el tema en el cual ‘anhelan mirar los ángeles’, y será su estudio a través de las edades sin fin. Tanto los redimidos como los seres que no cayeron hallarán en la Cruz de Cristo su ciencia y su canto” (*DTG* 11; ver también *CS* 709, 710).

Elena de White nos exhorta a aprender por nuestra cuenta la ciencia de la Cruz y a enseñarla a nuestros jóvenes: “La revelación del amor de Dios al hombre tiene su centro en la Cruz. No hay lengua que pueda expresar su pleno significado; no hay pluma que pueda describirla; no hay mente humana que la pueda comprender [...]. Cristo crucificado por nuestros pecados, Cristo resucitado de los muertos, Cristo ascendido a lo alto, es la ciencia de la salvación que hemos de aprender y enseñar” (*MGD* 178). “Aprenda la juventud a hacer de la Palabra de Dios el alimento de su mente y su alma. Hágase de la Cruz de Cristo la ciencia de toda educación, el centro de toda enseñanza y estudio” (*MC* 365).

APLICACIÓN A LA VIDA

1. ¿Cuál es el significado de la siguiente declaración de Elena de White: “El misterio de la Cruz explica todos los demás misterios” (*CS* 710)?
2. Si durante toda la Eternidad estudiaremos la ciencia de la salvación y siempre encontraremos algo nuevo para admirar y sorprendernos, ¿qué nos dice este hecho sobre el significado de la muerte de Cristo en el Calvario?
3. Pablo afirma que la Cruz, para algunos, es locura; y para otros, piedra de tropiezo. Pero, para los creyentes, es “poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Cor. 1:24). ¿Por qué crees que se justifica que Pablo haga esta afirmación?